

que por causa de la Tercera que se halla en el  
 nombre de Nuestra Señora de los Remedios  
 en la ciudad de Madrid y en la de San  
 Juan de los Rios y obligo a sus sucesores a dar  
 cuenta de su gestion para el pueblo de Madrid.

La obra de los dominicos como en otras  
 de España.

San Zeberto de Madrid y de los Rios y obligo a sus sucesores a dar  
 cuenta de su gestion para el pueblo de Madrid.

La obra de los dominicos como en otras  
 de España.

San Zeberto de Madrid y de los Rios y obligo a sus sucesores a dar  
 cuenta de su gestion para el pueblo de Madrid.

La obra de los dominicos como en otras  
 de España.

San Zeberto de Madrid y de los Rios y obligo a sus sucesores a dar  
 cuenta de su gestion para el pueblo de Madrid.

La obra de los dominicos como en otras  
 de España.

San Zeberto de Madrid y de los Rios y obligo a sus sucesores a dar  
 cuenta de su gestion para el pueblo de Madrid.

La obra de los dominicos como en otras  
 de España.

## QUINTA ÉPOCA.

DESDE LA EDAD MEDIA HASTA NUESTROS DÍAS.

### LIBRO XI.

#### El Renacimiento.

Al principio del siglo XV la Europa católica estaba siempre arrodillada delante de María, cuyas catedrales seculares se concluían con una admirable constancia. En aquel tiempo los pobres obreros que hacían *su viaje a Francia*, ofrecían sus martillos en todas partes en donde la piedad de los fieles levantaba iglesias: la mayor parte no pedían salario; se les daba algunas raciones y se acostaban sobre la tierra desnuda. Cien mil hombres trabajaron de este modo, y por mas de dos siglos en la catedral de Strasburgo que el obispo Werren había dedicado á María. Algunos de estos obreros se dedicaban exclusivamente á la construcción de capillas de la Virgen santísima; trabajaban *por el amor de Dios* y rehusaban cualquiera otro trabajo. Los había en medio de ellos quienes se imponían cada día

como un trabajo expiatorio la confección de un cierto número de hojas de encina, de arabescos ú otros adornos diferentes; á este trabajo piadoso se daba el nombre de rosario del *picoteur* (cantero). El entusiasmo llegó hasta el sexo débil; veíase á las mujeres tomar el cincel para esculpir las Madonas; la estatua de la Virgen santísima que se ve á la entrada de la catedral de Strasburgo, con una corona sobre la cabeza y un cáliz en la mano derecha, es la obra de Sabina, hija de Ervin, célebre arquitecta como su padre y su hermano, cuya obra grandiosa continuó aun después de la muerte de ellos.

Estos artistas, que habían luchado cual gigantes con el pensamiento de lo infinito para traducirlo en piedra, no se enriquecían con sus empresas colosales; se habrían avergonzado de ello; se les pagaba su trabajo mas dignamente: después de su muerte, la majestuosa basílica que habían fabricado, levantando sus baldosas de mármol negro los recogía piadosamente en su seno, y se habria dicho que sus altas y sáfíles agujas, que penetraban las nubes como la oracion de una alma pura, iban á patrocinar su causa delante del Eterno.

Los ebanistas consagraban igualmente sus trabajos á la Virgen. Las sillas del coro de las antiguas iglesias estaban adornadas, la mayor parte, de aquellas esculturas en que el artista se complacía en concentrar en un espacio estrecho alguna tierna escena de la vida de María. Las catedrales de Auch y de Evreux, dedicadas ambas á la Virgen, han tenido la felicidad de conservar muchos de estos grabados, cuya pérdida seria irreparable.

Esa terrible prensa periódica que hace tanto bien ó tanto mal segun las pasiones que la animan, nacia entonces bajo las bóvedas de la catedral de Paris, como una inocente paloma que no se atreve aun á salir del nido que ella misma se ha hecho en el hueco de una piedra. Un gran candelabro con brazos divergentes que partian á la altura de la vista, estaba enclavado en uno de los muros de Nuestra Señora, casi cerca de una de aquellas puertas de entradas laterales que son la obra maestra de la cerrajería. Al nivel de aquellos brazos guarnecidos de bujías de cera amarilla, estaba colgada por una cinta, una tablilla escavada y barnizada de cera. Allí cada mañana, con anuen-

cia y bajo la responsabilidad de los directores ó redactores en jefe de la época, el obispo corregidor ó regidor, el impresor en cera, burilaba con su estilo el anuncio oficial de lo que interesaba, sobre todo á las poblaciones de aquel viejo y buen tiempo, la venida de una bula, el triunfo de una batalla, etc. En seguida cada letrado era libre de venir, á la claridad de las bujías indispensables en los edificios oscurecidos por los cristales, á leer á los curiosos reunidos esta gaceta cotidiana en toda la acepcion de la palabra, pues que la nueva del día siguiente borraba la del anterior.

En toda la Europa católica, aun de uno á otro extremo, se fundaban entonces cofradías en honor de la Virgen. Los príncipes alemanes se engalanaban con escapularios, y los reyes ingleses de la rosa encarnada se hacían consagrar con una hoja milagrosa, *mas resplandeciente que el oro fino, que la bendita Virgen María habia dado expresamente para ellos, los lancastres á santo Tomás Bequet durante su destierro.* (1)

En Francia los estudiantes de los grandes colegios en donde se daba tantos dote-píos á nombre de nuestra Señora, se levantaban al despuntar el día para rezar en comun el oficio de la Virgen, los príncipes le rezaban también á horas determinadas con algunos otros oficios de la Iglesia. Una pieza pequeña colocada aparte en sus aposentos, y casi parecida á las capillas domésticas de los romanos, estaba consagrada especialmente á las devociones de la mañana. El duque de Orleans, tío de Carlos VI, cuya vida estaba tan lejos de ser edificante, tenía en el palacio de San Pablo un oratorio enriquecido con esculturas góticas de madera de Irlanda, sobre cuya puerta se leían estas palabras: *Retíro donde reza sus horas monseñor Luis de Francia.* (2)

El Rosario (3) y escapulario eran el adorno de los grandes y del pueblo, de los magistrados y de los guerreros. Los reyes de Francia le substituyeron al collar caballeresco, cuya moda habían traído los cruzados de Oriente, la tierra de los trajes espléndidos. En los canastillos de boda se ponía un rosario de valor, y las grandes señoras de la época del Renacimiento, como también las de la edad media, estaban generalmente representadas sobre sus tumbas de piedra con un rosario en la mano. Esta oracion

inventada en sus principios para el pueblo humilde, había llegado á ser la oracion de todo el mundo. Los plebeyos y los nobles rezaban su rosario yendo al campo ó viniendo á la ciudad, los litigantes en la corte al ver á sus abogados, y los cristianos de todas clases al ir á ganar indulgencias á las iglesias lejanas. Los reyes mismos daban el ejemplo: Blanca de Castilla rezaba todos los dias su rosario. Eduardo III rey de Inglaterra dió su rosario enriquecido de perlas á Eustaquio de Ribeaumont, caballero de Francia que le había vencido dos veces. En el inventario hecho después de la muerte de Carlos V, dice Le Lage, se vieron figurar diez rosarios de oro. Los suizos en Grandsen encontraron en la tienda ducal de Carlos de Borgoña su *Pater* (rosario) en que estaban los apóstoles representados en medallas de oro macizo. (4) Es bien sabido que el famoso condestable Anna de Montmorency rezaba siempre su rosario cuando marchaba á la cabeza de sus soldados. "Si alguna vez dejaba un *Pater noster* sin concluir para mandar alguna operación militar ó para dar la señal del ataque, después anudaba cencienzadamente sus *Ave Marias*, dice un historiador de la época, pues era tan gran devoto."

\* El rosario (*Chapulet*), que trae su nombre de las coronas de flores que se llamaban en la edad media *chapels* ó *chapeaux*, era la corona espiritual de María: existía entonces una gracia y poética creencia; decían que tras de cada cristiano que le rezaba con atención y fervor, se colocaba un ángel, algunas veces visible, que ensartaba en un hilo de oro una rosa por cada *Ave María* y un lirio de oro por cada *Pater noster*, y que después de haber colocado esta guirnalda sobre la frente del devoto siervo de María, desaparecía dejando tras él un embriagante olor de rosa. (5)

Los reyes de Escocia y sus grandes vasallos, llevaban rosarios con cuentas de oro para preservarse de todo mal; los bravos caballeros de las fronteras los hacían mas sencillos, de los castaños dorados por el sol de otoño, y jamás le rezaban con tanto fervor, dice Lesley, como en sus expediciones contra los ingleses. Los rosarios de oro desaparecieron con la última soberana católica, la desgraciada reina María; pero los habitantes del *Border* que se refugiaban en los bosques, se mantuvie-

sen firmes en su creencia por muchísimo tiempo, y resistiesen noblemente las sacudidas de la reforma. Esta fué la última práctica del catolicismo en Caledonia; con ella cayó la antigua religión de Bruce, de Wallace y de David I; religión á la cual la Escocia y la Inglaterra debían, según la misma confesión del radical Cobbett, todo lo que ella había tenido en grandes hombres y en grandes cosas.

Los georgianos y los pueblos de Italia los fabricaban de las coronas con tanta economía como los escoceses: empleaban los huesos del sinamonió, que los italianos llaman aun *P albergo dei paternostri*.

La piedad tierna y sincera de nuestros abuelos á la Virgen santísima, se revestia entonces con las formas mas suaves y mas afectuosas. Con las bayas, con los arbustos, con sus frutos, hasta con los zarzales mismos, con todo la componían guirnaldas religiosas; las flores, los matorrales, las plantas de Europa y Asia llevaban su nombre, y traían su recuerdo en medio de los campos y los bosques. El narciso en su corola recamada de púrpura, recibió el nombre de lirio de María, la rosa de Jericó, el sello de Salomon vinieron á ser su rosa y su sello, la pulmonaria salpicada de blanco fué la leche de nuestra Señora. La Escocia tomó por emblema su cardo bendito. La Arabia cristiana llamó humo de Santa María una especie de ajeno con flor blanca que se cria en sus méganos arenosos; el pastor de las montañas designa bajo el nombre de yerba de Santa María la menta de los Alpes, el romero y la persicaria; los musulmanes de Oriente apellidaron al oloroso panporcino, *bokour Miriam*, esencia de María, y la misma planta tiene en Persia el nombre de *tcheni Miriam*, mano de María; una planta de primavera en Europa, recibió el nombre de manto de Nuestra Señora, el arándano de negras y dulces bayas fué su señal, los sorbetes de los Alpes sus cidras, y el tapiz de tomillo silvestre donde se posa la abeja fatigada, recibieron tambien su nombre.

En algunos países del Norte, al contrario, se evitó escrupulosamente el dar el nombre de la Virgen, no solamente á las cosas, sino aun á las personas, temiendo que su nombre no concluyese por ser tratado con irreverencia, ó no fuese llevado dignamente. Entre los polacos ninguna mujer se llamaba María, y

esta prohibicion se llevó tan lejos, que Ladislao IV al desposarse con María Luisa de Nevers, quiso que se expresara en las cláusulas del contrato que la nueva reina dejaría su nombre de María, que lastimaba el respeto que los polacos tenían á la Madre de Dios, y que no llevaría sino simplemente el nombre de Luisa. (6)

En los primeros años del siglo XIV, el papa Inocencio XII, temeroso con justicia por las conquistas de los musulmanes, instituyó una oracion á la Virgen bajo el nombre de *Ave Maria*; esta oracion para la cual se habia escogido la hora mas misteriosa y la mas dulce del trabajo, aquella en la que el dia se extingue, (7) se rezaba en España, en Francia é Inglaterra al primer golpe de campana del *couvre-feu*. Todos los católicos decían entonces tres *Ave Marias* por el triunfo de los ejércitos cristianos, y pedían á la Virgen santísima que concediese paz, union y prosperidad á los reinos sometidos á la fe. Luis XI en 1475 instituyó el *Angelus* tal cual subsiste, en honor del misterio de la Encarnacion, y quiso que á la oracion de la tarde que se rezaba por la paz general de la cristiandad, se uniese otra por la tranquilidad particular de su reino. Su orden estaba concebida en estos términos: "Se manda á todo francés, caballeros, soldados y pecheros, que se *arrodillen* al toque de mediodía, que se santigüen devotamente y que oren á nuestra Señora para obtener una buena paz."

La orden fué ejecutada con una exactitud que probaba hasta qué extremo era popular la devocion á María. Durante el siglo XV, á la primera campanada del *Angelus*, en las casas, en las calles, en los campos, en los caminos, no habia un solo francés que no se prosternase para orar á la Virgen santísima. Cumplido este deber, los paseantes y los viajeros se levantaban y proseguían su camino. (8)

En aquellas inmensas procesiones, cuya cabeza llegaba á la iglesia de San Dionisio, mientras las últimas filas se estaban ordenando aun á la salida de Nuestra Señora, (9) la bandera de tafetan bordado de oro de la Virgen, se levantaba entre todas las santas banderas, y marchaba solamente tras la cruz; los reyes, las reinas, los obispos, los pro-hombres de la clase media mejor y la mas distinguida del pueblo, eran hermanos de nuestra Se-

ñora. (10) y en estas piadosas reuniones veíanse confundir los turbantes bordados de oro de los príncipes con los gorros mitad rojos mitad azules del vecindario parisiense.

En el ángulo de cada calle, una estatua de María groseramente esculpida en roble, ennegrecida por el tiempo, y cubierta de un velo de encaje antiguo, elevaba su frente secular bajo un inmenso ramo de flores, que las piadosas gentes del cuartel renovaban cada mañana á la hora en que las trompetas tocaban la diana desde lo alto de las torres del Chatelet. (11) Estas flores, misteriosamente depositadas antes del alba, se las tomaba por dones de los ángeles, que venían, se contaba, á enseñar á los cristianos á honrar á su Reina. Durante la noche ardían lámparas constantemente en estos pequeños nichos grises, que todos los sábados además estaban completamente iluminados. (12) Este fué el primer alumbrado de las calles; su claridad era menos luminosa sin duda que la que se emplea en nuestros días, pero tenia sobre aquella una gran ventaja: á él se unía un pensamiento piadoso, propio para hacer reflexionar á una poblacion creyente; las místicas lámparas de las Madonas brillaban de trecho en trecho á través de las grandes ramas de flores perfumadas, cual un ligero cordón de estrellas que parecían decir al vagabundo que caminaba de noche para cometer quizá alguna mala accion: Existe allá arriba de esta ciudad adormecida, un ojo que jamás se cierra y que vela siempre sobre sus calles desiertas y silenciosas: *¡el ojo de Dios!* (13)

Aquellas pequeñas Madonas de las esquinas no estaban tan adornadas, es verdad, como aquellas de plata maciza sobre altares de oro y mármol; pero no por eso eran menos queridas del pueblo. Los jóvenes de todos los barrios venían en procesion descalzos y coronados de flores cantando letanías á la Virgen santísima; todo el mundo les seguía sin reparar en el tiempo que hiciese, y el concurso era algunas veces tan grande, que apenas se podía transitar por la calle. Una imagen de cidra de un pié de alto apenas, y que habia pertenecido á la casa de Joyeuse, colocada después entre dos torrecillas puntiagudas sobre la puerta del convento de los reverendos padres capuchinos de la calle de San Honorato, llegó á ser la causa de una corta guerra civil entre dos barrios de Paris. Algunas personas un poco

mas devotas que lo que convenia, quisieron apoderarse de la Madona milagrosa para adornar su propia parroquia; no bien hubo llegado este rumor á oídos del vecindario del barrio, cuando al instante tomaron sus armas. La calma no se restituyó sino después de la pomposa traslación de la santa imágen á la iglesia misma del convento. (14)

La Reina del cielo que inspiraba á los ejércitos de la edad media la confianza en la victoria, reinaba tambien sobre las escuadras y los navios mercantes de aquel siglo XV, que fué llamado con justicia el siglo de los descubrimientos. Cristóbal Colón emprendia el descubrimiento del Nuevo-Mundo bajo los auspicios de la Virgen, cuyas horas rezaba sobre su buque, en un manuscrito precioso que le habia regalado el papa Alejandro VI y legó al morir á la república de Génova su patria. Don Enrique de Portugal que presidia y concurrió al descubimiento de las Indias Orientales, fabricó en Belen una iglesia á nuestra Señora, acompañada de un hospital para los marinos de su patria. Juan Gonzalvo Zares, su primero, su mas hábil marineró, hizo fabricar en Módena una iglesia á nuestra Señora. Cuando los portugueses bajo el mando de Vazco de Gama, desembarcaron por la primera vez en la costa de Coromandel, creyeron bajo la fe de algunas antiguas relaciones de viajes, encontrar los cristianos de Santo Tomás, y se dejaron conducir por los indígenas al templo de una diosa de las Indias, á la que á pesar de sus cuatro brazos y sus enormes orejas de oro, tuvieron el candor de tomarla por la Virgen María, y en consecuencia la hicieron oracion. Entre tanto uno de ellos concibió sus dudas, y gritó con orgullo mirando al idolo cuyas repugnantes facciones recordaban cualquiera otra cosa mas bien que á la dulce Virgen María de los cristianos: "Si aquí se adora al diablo, lo que es muy posible, debe entenderse que nuestras oraciones no se dirigen sino á la Madre de Dios!"

Los portugueses después de haberse establecido en la India, fieles á su devoción á María, la dedicaron en Goa una soberbia iglesia toda dorada interiormente, Nuestra Señora de *Asara*, ó de la Misericordia; muchas otras iglesias, tales como nuestra Señora de Granganor y de Meliapour, se edificaron por sus cuidados en diversos lugares de la India y hasta en la emboca-

dura del Ganges, el reino sagrado del Indostan. Habia entre ellos una piadosa costumbre, y era ofrecer á María la décima parte del botin ganado á los idolatras, y esta costumbre fué causa de que se construyesen muchas capillas particulares en su honor. Aun en nuestros dias, sus naves jamás pasan á vista de las capillas de la Virgen, situadas sobre la costa de la soberbia Macao, sin saludarlas con descargas de toda su artillería. (15) Los españoles, que no eran menos devotos que los portugueses á la divina Madre del Salvador, llevaban sobre sus galeones cargados de barras de oro, una estatua de plata maciza, ante la cual los intrépidos marineros de Isabel la Católica oraban dia y noche. En un tiempo mas cercano á nosotros, los filibusteros de la isla de Tortuga habian arrebatado á los españoles en un combate naval una de estas imágenes; los españoles despojados de cuanto poseian, no pensaron en reclamar nada, sino solo su Madona venerada. El gobernardor general entabló una negociacion con los foragidos únicamente para salvar á la *santa Señora* de las profanaciones á que ella estaba expuesta entre estos piratas que se jactaban de vivir sin fe ni ley; pero sin embargo, rehusaron volverla.

La Italia, que brillaba entonces entre todos los reinos católicos por el renacimiento de las artes, consagró la paleta de sus pintores, el cincel de sus escultores y la pluma de sus poetas, para celebrar los esplendores de María.

Desde Cimabue, que fundó la escuela italiana hácia el año de 1240, hasta Carlos Maratti y Salvator Rosa, que pasan por sus últimos maestros, es decir, durante un espacio de quinientos años, la pintura produjo un número inmenso de obras maestras, en las que la historia de la Virgen santísima contribuyó en la mayor parte para su composicion. Rafael, entonces bello, poético y piadoso como un ángel, adivinó el primero en su admirable *spozalizio*, el aire de cabeza noble y sencillo, la fisonomia bella y seria y la actitud celestial de la Madre del Divino Amor y de la santa Misericordia. Diríase, al ver sus vírgenes, que un dia de fervorosa oracion la Virgen acompañada de su corte angelíca se le habia aparecido sentada sobre un trono de nubes, y que él la habia pintado en su gloria cual la viera. ¡Cuántos hombre de genio no marcharon sobre las huellas de aquel

gran maestro! Miguel Angel, el Correggio, el Ticiano, los Caracchios, el Espagnoletto, el Dominichino, aquel austero Carlo Dolce que habia consagrado su pincel á la Virgen María, y aquel fiero Salvator Rosa que hacia peregrinajes á Nuestra Señora de Loreto. ¡Cuánta riqueza de imaginacion! ¡Cuántas concepciones sobrenaturales! ¡Qué profundo sentimiento de la santidad del arte entre estos grandes maestros de la Italia! Aquellos hombres prodigiosos que han desheredado el porvenir y hecho olvidar el pasado, no temian mostrarse fieles servidores de la Virgen santísima. Ellos encendian cirios delante de sus imágenes, y quitábanse al pasar frente á ellas su *birreta*, rezaban como todo el mundo su rosario; y su mas grande ambicion era la de adornar una iglesia cristiana con alguna pintura sagrada, á lo cual se preparaban como para una obra santa. "¡Sonad todas las trompetas, poned á vuelo á todas las campanas, escribia Salvator Rosa al doctor Ricciardi; después de treinta años de vivir en Roma, después de seis lustros enteros de esperanzas desvanecidas, y después de una existencia llena de tribulaciones continuas de parte del cielo y de los hombres, he sido al fin llamado por la primera vez para pintar un cuadro de altar mayor!" Esto, como se ve, es el éxtasis. ¡Pero tambien, cuánto ama, alienta y protege el catolicismo á este arte, que dotaba á sus templos de tantas obras maestras! ¡La sede apóstolica, cuán noblemente no eleva hasta ella al hombre de genio! ¡cómo salva las distancias, cómo borra las distinciones sociales para honrar á los ilustres talentos, para hacerlos caminar á la par con las mas grandes fortunas y los patricios mas nobles! El Giotto, aquel rústico que abandonó su rebaño en un romántico valle de Toscana por trabajar en la escuela de Cimabue, fué el protegido del papa Clemente V; y fué el sucesor de san Pedro quien buscó primero al artista. Miguel Angel destinado por su padre á ser un pobre cardador de lana, fué honrado con algo mas que el favor; él poseyó la amistad y la confianza de Julio II. Ofrecióse á Rafael, hijo de un pintor pobre y oscuro, por un lado el capelo, por el otro la mano de la nieta de un cardenal amigo de León X, aquel magnífico protector de las artes. Sanfranco, aquel *parmegiano* tan popular en el siglo XVIII, era el amigo íntimo de los cardenales, caballero del santo imperio romano y

el especial protegido del papa. Caravaggio, el hijo de un albañil, recibió la cruz de la órden de Malta, una soberbia cadena que el gran maestre le colocó al cuello con sus propias manos, y dos esclavos para servirle. Claudio Larrain, que principió por ser cocinero y molador de colores, fué el amigo del elegante cardenal Bentivoglio, y favorito distinguido de Urbano VIII. Los cardenales gastaban una parte de su fortuna en obras maestras, que hacen aun el ornamento de las iglesias ó de espléndidos museos, y á su ejemplo todos los príncipes católicos alentaron las artes y adornaron los altares de grandes pinturas religiosas.

He ahí lo que ha hecho el catolicismo por la pintura. Los protestantes obraron de muy diferente modo. Calvino, que menospreciaba la poesia y colocaba los órganos mismos en el rango de *locas vanidades*, no se expresa con menos acritud y vehemencia contra la *pintura idólatra*; así es como los cuadros religiosos fueron despedazados sin misericordia por sus feroces sectarios; y esta aversion por un arte tan noble duró por tanto tiempo, que en las actas pasadas por el parlamento de Inglaterra en 1636, se mandó que todos los cuadros de la galería real que representasen la Virgen, ó la *segunda persona de la Trinidad*, fuesen quemados públicamente. ¡Qué mas habria hecho el califa Omar?

Es digno de observarse que los dos jefes de las sectas protestantes, al declamar tan ardentemente contra los cuadros católicos, se sentaban sin embargo con mucha complacencia delante de un pintor, á fin de que sus partidarios poseyesen su retrato, y multiplicaban estas imágenes tanto cuanto les era posible. "*Lutero*, dice un autor anglicano, *se lisonjeó siempre de multiplicar su retrato y el de su fea mitad*. (16) Su estatua erigida en Vittemberg, está expuesta á la veneracion de los luteranos de Alemania, y el mismo M. Lemnier compara esta veneracion á la que los católicos rinden á nuestra Señora de Loreto. Calvino, poseido de la misma extraña manía, recordaba á los hugonotes de Francia esta juiciosa pregunta de Sacconay: "¿Por qué odiais las imágenes y las pinturas? Vuestro Calvino no toma por cierto mas placer en hacerse ver en su retrato, tallado en Génova con mano tan maestra, que tan vi-

vamente representa sus rostro y su ojos hundidos, y *que le muestra tan malo cual es él mismo.*" (17)

La estatuaría se levanta también grande y majestuosa bajo la inspiración de María. La Grecia había sentado, vestido y acostado sus estatuas; pero ella no había adivinado la postura suplicante de nuestra Señora de los Dolores; ella no había colocado la inocencia y la pureza delante de Dios, ella entregaba á lar bacantes ó al viejo Sileno sus bellos niños de mármol. María llevando en sus brazos al niño Jesús, había venido á revelar al arte y á la sociedad juntas, la religión de la maternidad, y había abierto á la escultura la carrera inexplorada de las cosas modernas. La escultura renació, como su hermana, en la tierra clásica de las artes, la bella Italia; como su hermana, ella fué protegida allí por los príncipes de la Iglesia romana, que habían conservado las nobles producciones de los grandes maestros de la antigua Grecia. Una bula había sido lanzada por el vicario de Jesucristo para defender de parte de la Iglesia la mutilación de las estatuas antiguas. Si el escultor moderno puede estudiar aun aquellas obras maestras del arte, solo lo debe á Martín V.

Benvenuto Cellini, uno de los mas grandes artistas del siglo de Leon X y uno de los mas peligrosos espadachines de Italia, no por eso dejaba de tener una fe menos profunda en la Virgen, vengativo como era, y nadie lo era tanto como él: á vista de una Madona no habría osado sacar de su vaina de seda el stilete magníficamente cincelado, y un día que por sus fechorías había sido arrojado en una prisión, creyó ver en un éxtasis á la Virgen en medio del disco del sol llevando á su divino Hijo sobre sus rodillas, y mandándole á él la mas divina, la mas adorable sonrisa. "Yo la ví, dice en una carta que aun se conserva, con mis propios ojos claros y limpios, y adoré á Dios en alta voz."

Entre los grandes poetas del Renacimiento los mas ilustres se distinguían por su devoción á María. El Dante la cantó en versos magníficos en su *Paraiso*. "Oh señora! exclama, tú eres tan grande, tan poderosa, que cualquiera que implora una gracia y no recurre á tí, quiere que sus deseos vuelen sin alas." (18) En las pintorescas soledades de Vaucluse, de Litérno y de Arquea, donde el Petrarca se encerraba para invocar la inspi-

ción poética que hacia del tumulto de las ciudades, véase aun el campanario de su capilla particular, cuyo altar se halla adornado por una soberbia Madona del Perugino. A los piés de aquella santa imágen compuso él su invocación á María, su última *cancion*, tan humilde, tan tierna, tan cristiana y en la que *humilló su corazon* ante *la Virgen dulce y piadosa*, á fin de que le guiase en el camino en que se encontraba descarriado y que le encomendara á su Hijo en el momento en que entregase su alma. (18) El Tasso, volviéndose de Mantua á Roma, se desvia de su camino para ir á cumplir un voto á nuestra Señora de Loreto; llega allí cansadísimo del viaje y sin dinero para cumplirle, pero una feliz casualidad conduce al mismo tiempo á aquel lugar á uno de los príncipes de Gonzaga, que le era muy afecto y quien proveyó á todas sus urgencias. Repuesto de su fatiga, cumplió con la mas fervorosa devoción todos los deberes de su peregrinación, y compuso en honor de nuestra Señora de Loreto el mas bello canto que se ha hecho jamás. (19)

El Tasso también, tendido sobre su lecho de muerte en el convento de San Onofre, pidió al jóven Rubens, que le había arrancado á los calabozos de Ferrara, que quitase de su cuello una pequeña Madona de plata, que él mismo había dado en otro tiempo al padre del gran pintor. "Tú la guardarás, le dice, cuando yo haya dado mi último suspiro." Rubens obedeció esta voz agonizante, y el autor de la *Jerusalén libertada*, después de haber hecho quemar algunos bosquejos poéticos concebidos durante las horas de delirio de su horrible é injusta pasión, se puso á orar en voz baja, teniendo en sus manos temblonas por el frío de la agonía, la imágen cuya vista le alentaba á morir en paz. Cuando el cádaver del gran poeta, á quien se había dejado faltar de todo durante su vida, hubo obtenido los honores del triunfo, Rubens no tuvo valor de acompañar al fúnebre cortejo; corrió, por el contrario, á refugiarse en el rincón mas oscuro de San Pedro de Roma, y allí prostrado ante el altar de la Virgen púsose á rezar con gran fervor teniendo contra su corazon la pequeña Madona de plata que había tomado de las manos heladas del Tasso.

La música, que se había purificado al aliento tierno é inspirador de la Virgen santísima, comenzó á renacer entonces ba-

jo sus auspicios. Desde el siglo V, Ledulio, cuyos versos eran particularmente agradables en aquella época, la había celebrado en su *Carmen Paschale*. En el XII, un religioso de San Victor había compuesto para ella las letanías que tan perfectamente se armonizaban en las altas bóvedas de las catedrales, el sonido magestuoso del órgano, los velos blancos, las grandes franjas de brocado de oro y las rosas olorosas que los niños deshojaban. En la edad media y en los siglos que le siguieron, este era el canto de los peregrinos que volvían de algun santuario fabricado sobre los mégaros del océano ó incrustado en el basalto de las montañas. Aquella larga secuela de nombres divinos y de apodos graciosos, interpolados con estas palabras tan sencillas y tan tiernas: ¡Rogad por nosotros! era arrojada al viento, que llevaba su confuso y suave sonido al fondo de los valles invisibles ó sobre la vasta superficie de las olas. Hubiérase creído que los ángeles de Dios que besaban la sombra de María al pasar á su lado, como poéticamente dice el español Zorrilla, sembraban sus alabanzas en los espacios del éter.

Los Natales, estos cantos tan gozosos que están llenos del recuerdo de la Virgen de Belen; los Natales cantados de noche al resplandor de las antorchas y á través de las campiñas emblanquecidas de nieve, ó cerca de los pesebres antiguos adornados de verdura y de las flores del invierno, eran entonces el canto favorito de todas las provincias de la Francia. Los himnos de nuestras iglesias han impreso á la música un carácter noble y severo que llena el alma, la hinche y la sumerge en lo infinito. Los Natales mas simples en sus efectos, le han dado un tinte completamente pastoral: es el gorjeo de un ave que para celebrar un misterio de gozo se eleva alegremente hácia Dios, es el perfume de los bosques que embalsaman el altar de la joven madre del Salvador. La poesía risueña y campestre que se une á estos aires encantadores, respira la sombra de los bosques, el suave olor de los espinos blancos, el perfume de la colmena y el balido de las ovejas, es el canto del pueblo, el canto de los pastores, el canto de la naturaleza misma. En los Natales, María es representada como una Virgen siempre joven, siempre bella, siempre ingenua, que envuelve en sus pobres velos al Rey de los ángeles y que está demasiado absorta en su gozo para pensar en la des-

nudez del establo ni en la paja del pesebre. El pueblo endurecido en las privaciones de la naturaleza, no pensaba tampoco en la indigencia, sino en la felicidad de la Madre de Cristo; es un cuadro de Claudio Lorrain, donde todo es luz. En el *Stabat*, (20) este canto del siglo XIII al que los italianos han nombrado tan poéticamente *il pianto di Maria*, no se piensa ya en los gozos de la Natividad, sino en los terrores del Gólgota. Es un canto de agonía donde reina un abatimiento lúgubre mezclado de dolores que penetran el alma, es la narracion puramente de los sufrimientos de una madre que mira expirar á su vista un hijo adorado. Para penetrarse de las inconcebibles tristezas que este canto encierra en los misterios dolorosos que dejó entrever, sería necesario oírle como lo hemos oído nosotros, en una de las vastas iglesias de Italia, donde el pueblo ora con fe y canta con el alma; diríase que la voz majestuosa del órgano está entremezclada de sollozos y que los ángeles lloran por su Reina. Ninguna religion desde que el mundo existe ha entregado á la poesía y á la música un tema parecido al del *Stabat*. Los dolores de María al pié de la cruz llaman todo el poder de la armonía y las grandes inscripciones poéticas. Este tema, aunque de un grande efecto tal cual se le ha concebido, está aun lejos de la perfeccion; llevarla hasta allí sería el último, el sublime esfuerzo del arte.

En la época del Renacimiento continuábanse con mucha pompa y brillo los concursos de poesía fundados en honor de la Virgen santísima durante los tiempos caballescros, en Ruan, en Diepe, en Caen, bajo el nombre de *pois ó palirads*. La asamblea se reunía en una iglesia de la Virgen, y el que triunfaba recibía del *príncipe de puy* una palma de oro: (21) este fué el origen de la academia francesa. Los juegos florales, que mas tarde concedían un lirio de plata á la mejor poesía sobre la Virgen, se estableció en Tolosa, donde existe aun.

En el siglo V decíase de María que era *honorum poetarum magistrum*; en el X era aun la reina de todos los poetas del mundo cristiano. Los bretones, que habian sustituido la balada dialogada al canto terrible y misterioso de los druidas, casi siempre interpolaban en ellos una invocacion á María. Los cantantes de la Guiena, los trovadores de Provenza, no pasaban jamás



delante de sus santuarios sin ir á cantar acompañándose de la gaita y la bandurria algun bello canto compuesto para ella, lo que alentaba así á estos pobres hijos de la armonía errante, cuyos ingenuos cantares pagaba la Madona algunas veces con una sonrisa ó una graciosa inclinacion de cabeza, que los hacia mas felices que á los grandes artistas obsequiados con copas de oro por los príncipes cuyas victorias celebraban. Los descendientes de los bardos de Inglaterra, que cantaban como el ave del paraíso, ya á la sombra de los claustros, ya bajo sombra de las breñas acompañándose del arpa sajona, no tenian canto mas dulce ni mas pedido que las baladas donde se contaba algun milagro de la Virgen santísima. El canto italiano tan justamente envanecido, comenzó por el madrigal, el himno á María que el gondolero entonaba en sus lagunas, el *contadino* napolitano á la sombra de sus cepas y el pescador de Sicilia en su barca arrastrada por la brisa. La poesía española habia señalado su Renacimiento desde la edad media por sus cantos consagrados á María. En el siglo XIII, Gonzalo de Berceo, el primer poeta español conocido, se llamó el poeta de la Virgen santísima, y Luis de Leon nacia un poco mas tarde para celebrar dignamente la poesía lírica de España. Los poetas tudescos en Alemania, habian trabajado su ruda lengua desde muy temprano para cantar á la Virgen, á quien celebraban hasta el siglo VI con una fe admirable y una sencillez deliciosa. "Es necesario que nos escuches, cantaba el poeta mas popular de la Germania, Walter de Wolgelweide; ¡sentimos un placer tan puro en honrarte!" Conrado de Wurtzbourgn no era menos devoto ni menos tierno á María. En los reinos del Norte, los cánticos de la Virgen habian hecho olvidar los cantos belicosos de los feroces scaldas, de los cuales no ha quedado sino el himno fúnebre de Regnier Ladbrog, aquel salvaje rey de la mar que escribia sobre las negras murallas del torreón donde le habia encerrado su enemigo con terribles serpientes, las sangrientas bahañas que él habia emprendido en las sombrías costas del Báltico y el alborotado mar de Alemania, cuyas ondas habia *enrojecido cual la herida reciente de un guerrero*. En la Lithuania, que apenas acababa de abrazar el cristianismo, el himno á María reemplazó los cánticos de Mildá, la diosa de la belleza, de la prima-

vera y de las rosas, y los bartinikas, aquellos rápsodas ambulantes de la Rusia Blanca que se creian inspirados y que presidian á los circos de música en la fiesta de las mieses y en la fiesta mas risueña aun de las flores, abandonaron en el siglo XV al dios Satwaros, su Apolo oriental, para pedir su inspiracion poética á María, á quien habian proclamado gran duquesa de los lithuanenses. (22)

La Virgen, que alentaba las artes, velaba tambien por la conservacion de los imperios, y la dulce Reina del cielo tenia aun por vasallos á los reyes de la Europa católica en general y á los de Francia en particular. En 1478, el rey Luis XI desmembró el Artois, del condado de Bolonia, y lo regaló á la Virgen María, á quien declaró condesa de Bolonia. A título de tributo feudal colocó sobre su altar un corazon de oro con el peso de trece marcos, y prometió que sus sucesores al trono estarían obligados á renovar el homenaje y la ofrenda á la Virgen *señorial*. Sábese que este príncipe cruel, pero lleno de genio, que desdeñaba el fausto hasta caer en el extremo contrario, no llevaba otro adorno en sus audiencias solemnes que una pequeña Nuestra Señora de plomo, prendida á su casquete real; y acostumbraba decir que hacia mas caso de este pedacillo de plomo que de todo el oro de un reino.

Se le enterró como lo habia ordenado, en Nuestra Señora de Clery, á la cual tuvo tan fuerte apego, que Sixto IV á sus instancias prohibió bajo pena de excomunion el llevar á otro lugar el cuerpo de Luis.

Ana de Bretaña, que fué dos veces reina de Francia, fabricó algunas capillas á la Virgen, y quiso que su escapulario fuese depositado en la caja de oro que debia encerrar su corazon, el cual envió á los bretones. El mausoleo de Francisco II, último duque de Bretaña, habiendo sido abierto en el año de 1727, se encontró en la bóveda entre el ataud del príncipe y el de Margarita de Foix un cofrecito de plomo, en el cual habia una caja de oro en forma de corazon, superado de una corona real y cercado por la órden del cordon de un trabajo exquisito. Esta caja que habia contenido el corazon de la reina Ana, no contenia mas entonces que un poco de agua, y los restos del escapulario que la piadosa princesa habia llevado en honor de María.

Francisco I habiendo sabido que un hugonote habia tenido la audacia de mutilar en medio mismo de Paris una imagen de nuestra Señora, condenó solemnemente á hacer una reparacion á la Madre de Dios, debiendo ir descalzo, con la cabeza descubierta y un cirio en la mano. Los señores de la corte y los miembros del parlamento seguian al monarca, que colocó por sus propias manos sobre el altar donde habia tenido lugar la mutilacion, una magnífica estatua de la Virgen. (23)

En España, la obra comenzada por Pelayo bajo los auspicios de María para librar á la península de los moros, acababa de ser consumada por la toma de Granada. El primer grito de la independencia española en la caverna de Covadonga habia sido ¡*Marta!* La última victoria habia sido alcanzada bajo su bandera por Fernando el Católico, que habia hecho grabar en oro sobre su magnífica hoja de Toledo la imagen protectora de la Virgen y escribir sobre sus estandartes: *Ave Maria.*

## LIBRO XII.

### Las últimas herejías.

EN la Caramania desierta, hácia el golfo Pérsico, vegeta un arbolillo á quien los persas llaman *gubad samoun* (flor que empozoña el viento). La heregía acababa de despertar en la fria Alemania, y como aquella flor empozoñada que inocular á las cálidas brisas del estío persa una cualidad tan mortífera, que mata al desgraciado que la respira, así aquel soplo fatal que partía de los países germánicos, comenzó á matar á las almas, y á matarlas por millares. Entonces fué cuando la luz viva y encantadora de la bella Estrella que tan benignamente reflejaba en el zenit del mundo cristiano los ardientes rayos del Sol increado, se oscureció en medio de las brumas espesas que la noche del error extendía sobre el cielo del Norte, y esparció un abatimiento sensible en los mismos países fieles que ella continúa en alumbrar.